

Los votos de unos campesinos que sí querían cambiar

Luisa Paré
IIS-UNAM

En elecciones anteriores a las del 6 de julio de 1988, era probablemente correcto afirmar que el voto de los campesinos era el que constituía el margen del fraude porque, o no votaban o bien existían (y siguen existiendo) muchos mecanismos para lograr un aparente consenso a favor del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Efectivamente, si bien el abstencionismo siempre era elevado en todo el país, era mucho más fácil neutralizarlo en el campo gracias a la diligencia de las autoridades municipales o ejidales que, "para no quedar mal", emitían un voto colectivo, relleno de urnas a favor del PRI y marcando el padrón como si todo el mundo hubiera votado. Allí donde no hay organizaciones democráticas, si un comisariado ejidal dispone de tierras, aguas y servicios a su antojo, ¿cómo no va a disponer de la voluntad de los ciudadanos?

Sin embargo, en las elecciones federales de 1988, en muchas regiones del país, el campesino en particular tuvo una actitud política muy distinta a la observada en comicios anteriores. No se puede hacer un análisis de esta contienda electoral sin resaltar algunos de estos cambios políticos que han llevado a muchos analistas a afirmar una y otra vez que México no es el mismo después del 6 de julio.

En su artículo titulado "El voto arcaico" (Cuaderno no. 2 de Nexos, sept. 1988), Arturo Warman hace una serie de planteamientos muy acertados para caracterizar al voto campesino tradicional pero que, a mi manera de ver, requieren de una mejor ubicación en la nueva coyuntura del proceso de 1988. Una de las ideas expresadas por Warman es que, en todos los medios sociales, "se vota en corto, es decir, en base a lo que se puede negociar y en este terreno se pacta con el que está". Y el que siempre está es el gobierno y el PRI, las más de las veces, la única fuerza con la que hay que negociar. Y agrega: "Las otras posibilidades *casi* (subrayado mío) no hicieron acto de presencia.

Si aceptamos que los cambios políticos son fundamentalmente cambios cualitativos, vale la pena detenernos en el *casi*, aunque sea una cuestión de enfoques. El consenso no se puede evaluar midiendo la densidad de presuntos simpatizantes o electores por metro cuadrado en las plazas cívicas sino a partir de las formas cómo llegaron ahí.

Dos diferencias fundamentales existen entre la campaña del candidato del PRI y el del candidato del Frente Democrático Nacional (FDN) a la Presidencia de la República. Una es la referente a las formas de

movilización, persuasión o presión ejercida sobre los partidarios o simpatizantes de cada lado y otra es la referente a la magnitud y el origen de los recursos de campaña.

La campaña de Cuauhtémoc Cárdenas, en particular en sus últimos meses cuando el Partido Mexicano Socialista (PMS) retiró la candidatura de Heberto Castillo y se sumó a la de CCS, generó una movilización masiva y espontánea tanto en el medio urbano como en el rural. Esta movilización no se dio sólo en los bastiones históricamente cardenistas como Michoacán y La Laguna, sino también en el D.F., en Guerrero, en Oaxaca, en Morelos, en Baja California, entre los braceros en EEUU y en muchos otros lugares. La campaña de CCS prendió donde él, con una comitiva reducida y recursos limitados pudo presentarse en persona. A pesar de la limitada cobertura de los medios de comunicación radiofónicos y televisivos, otros que se enteraron por estos medios apoyaron con entusiasmo. Donde no pudo llegar, fue por la exigüidad de los recursos o por la falta de interlocutores organizados. Un campesino del oriente de Yucatán, desprovisto de televisor, en medio de su milpa de tumba-roza y quema exclamaba cuando se enteró que el hijo de Cárdenas había sido candidato a la Presidencia de la República: "Si venía a visitarnos, todos los campesinos mayeros votábamos por él. Aquí sólo vienen los del PRI".

En este sentido, decir que las otras posibilidades casi no hicieron acto de presencia es restarle importancia a un fenómeno nunca antes visto en estas dimensiones. Además, a diferencia de coyunturas electorales pasadas en que algún candidato de oposición tuvo simpatías entre el campesinado (Almazán, Gral. Henríquez Guzmán), en el caso de la presente coyuntura, la campaña de Cárdenas marcó el principio

de una nueva fase de organización de las fuerzas democráticas, menos marginal y una ruptura en el seno del PRI.

Los recursos económicos desplegados en las distintas campañas difieren no sólo por la fuerza económica distinta de los partidos sino, principalmente, porque el PRI hace uso de los recursos públicos a todos los niveles: desde la apropiación de la infraestructura y el personal de las secretarías y agencias gubernamentales hasta el uso de los servicios y bienes públicos como forma de crear compromisos a cambio de supuestos favores recibidos. De repente, algunos trámites agrarios salen de las catacumbas donde agonizaban y atizan de nuevo la esperanza en el pedacito de tierra; los damnificados que nunca faltan como resultado de algún cataclismo natural o social, se ponen verdes cuando ven aparecer, fuera de oportunidad o para la oportunidad de otros, las despensas que les eran destinadas, las carreteras imaginadas en el sueño se hacen realidad por unas semanas previas a los comicios, el tiempo de la visita fugaz de un camión de volteo y una motoconformadora.

No sólo se ofrecen recursos a quienes carecen de ellos sino que se amenaza con retirarlos en caso de un voto contrario al partido en el poder. Los sobrenumerados burócratas, promotores y maestros ven su empleo condicionado a su transformación momentánea en promotores del voto. Hasta las calificaciones de los escolares dependen de la presencia de sus padres en el mitin para recibir al candidato oficial. Las plazas son atacadas de obreros y burócratas a quienes se les pasó previamente lista, etcétera... Todo esto es de sobra conocido y descrito puesto que ha sido la cultura política imperante hasta hoy, sobre todo en las zonas rurales donde no había pasado un partido que se le opusiera al oficial. Enton-

ces, mejor hablamos de lo que *casi* no se había visto hasta ahora, de lo que sucedió donde otras posibilidades si hicieron acto de presencia.

La diferencia básica entre una campaña y otra radica en el carácter voluntario de la movilización y de los recursos desplegados. Por una parte, los candidatos del FDN no echaron mano de recursos públicos, ni usándolos, ni negándolos, sino de recursos propios y de sus partidarios que los apoyaron. Si algunas organizaciones lo hicieron, manejando tortibonos para movilizar a la gente, sólo nos permite constatar lo arduo que será crear una nueva cultura política, distinta a la que se combate. El siguiente testimonio de un cañero pobre de Martínez de la Torre, durante la campaña previa a los comicios municipales, da idea de una nueva cultura política que se está gestando o quizá la misma que, una y otra vez en la historia, por ejemplo después de la expropiación petrolera, se manifiesta en toda su creatividad: "A nosotros no nos anduvieron repartiendo regalos. Al contrario, del mismo pueblo iba saliendo todo lo que se requería para la campaña".

Es cierto que, tanto a actos priístas como de oposición, muchas personas acuden por la novedad o porque es un acontecimiento que rompe con la rutina cotidiana. También se podrá decir que muchos campesinos fueron a ver al hijo del general, como quien va a una peregrinación a la Virgen de Guadalupe. Aun así, esto nos demuestra la vigencia y fuerza de un símbolo que rescata para el pueblo un sentido de identidad y de nacionalismo en franco cuestionamiento la primera y en desbandada el segundo en los tiempos que corren. Donde si fueron voluntariamente a ver al candidato, sacrificando una jornada de trabajo, caminando varias horas en la sierra, votaron por él.

La otra diferencia grande entre los dos tipos de campañas es que la del PRI se enmarca en la esfera del corporativismo mientras que la otra se inscribe en el marco de los esfuerzos participativos y creativos de la ciudadanía empeñada en construir y ampliar los espacios de la sociedad civil.

A pesar del oportunismo demostrado por algunos partidos del FDN que, de esta manera pusieron en evidencia su incapacidad para avanzar por esta nueva senda de cultura política, la relación entre los ciudadanos y, sobre todo, algunas organizaciones populares se modificó cualitativamente. Los grupos políticos más recalcitrantes anteriormente a participar en lo que calificaban como "farsa electoral" le entraron esta vez a la contienda. Algunos se subieron al tren cuando vieron agitadas las olas del cardenismo pero se subieron. En este sentido, hay que distinguir dos tipos distintos de apoyo campesino al proyecto cardenista: la movilización individual, espontánea, por el pasado agrarista y nacionalista envuelto en un apellido y factible de reeditarse en algunos de sus rasgos. Otro apoyo campesino es el que se dio desde grupos organizados que, mediante su voto, no sólo rechazaron al régimen priísta de austeridad y de sangría de los recursos del país encabezado por Miguel de la Madrid Hurtado y al continuismo representado por Carlos Salinas de Gortari, sino la posibilidad de aglutinar un gran frente nacional capaz de luchar por otro proyecto de país: fundamentalmente democrático, nacionalista y antiimperialista en su política económica.

La mayoría de los habitantes de este país se expresaron contra "el que siempre está", contra la "fuerza desprestigiada, corroída, a veces decadente" (Warman, *op.cit.*). Un campesino de Oaxaca entrevis-

tado sobre las represalias que podría tener para su comunidad su adhesión colectiva a Cárdenas contestaba: "Estamos conscientes de esto pero ya llegó el momento de decir basta".

Estoy de acuerdo con Warman en que la mayor parte del voto campesino fue un voto de protesta, contra la exclusión. Plantea Warman que en México, es poco numeroso el voto ideológico pero que "si los campesinos hubieran votado ideológicamente, probablemente hubieran tenido que votar por el PRI porque éste estuvo más cerca de presentar un programa de gobierno para el medio rural".

Esta opinión me despierta algunas inquietudes respecto a dos cuestiones; por una parte, la forma que adquiere la votación campesina, es decir esas "diferencias entre el voto campesino efectivo y el contabilizado" como sucede en las casillas "zapatos" presumiblemente fraudulentas para Warman; por otra, sobre las propuestas programáticas e ideológicas de los distintos partidos de oposición para los campesinos del país, presentar un programa de gobierno para el medio rural.

No se puede hacer una análisis del voto rural sin referirnos al fraude electoral de manera más profunda. Según los datos oficiales manejados por Warman, si bien dos millones de campesinos votaron por la oposición, el PRI obtuvo más de las dos terceras partes del total de votos rurales. En el análisis de los datos oficiales de la Comisión Federal Electoral (CFE), elaborado por José Barberán, Cuauhtémoc Cárdenas, Adriana López Monjardín y Jorge Zavala (Barberán et al, 1989) se señala la existencia de "59 distritos rurales, en su mayoría serranos y marginados en todos los sentidos, en los que, ... la abstención fue inferior a la media nacional y sólo llegó en promedio a 38%, mientras que en el resto del país as-

cendió a 53%... En ese México serrano el PRI resultó una fuerza avasalladora y obtuvo en promedio el 74% de la votación contra 43% en el resto del país". En las casillas con más del 80% de los votos para el PRI, éste obtuvo 2 millones de los 5 supuestamente depositados en las casillas cuyos resultados fueron dados a conocer (29 999 de 54 642). Una comparación del comportamiento de casillas vecinas en una misma región y la constatación de la alteración de actas por la terminación constante en 0 de los resultados consignados demuestran que este resultado es posible sólo gracias al fraude, por demás confirmado por múltiples testimonios ya publicados.

En un análisis del comportamiento estadístico de los datos, los autores hacen una reconstrucción de la votación nacional real y una inferencia para el total de las casillas del país: 22.4% para el PAN, 36.4% para el PRI y 42.1% para el FDN.

Otro planteamiento que hace Warman respecto a la posible diferencia entre el voto campesino efectivo y contabilizado es que la culpa no es de los campesinos sino de los partidos. Con esto, defiende a los campesinos y, con toda razón, de las interpretaciones que los califican de "atávicos arcaicos, prepolíticos, atrasados, primitivos, ignorantes, mal informados, conservadores y reaccionarios carentes de voluntad y proclives al engaño", y de alguna manera los hacen sujetos del "margen del fraude". Cuando yo sorprendí a las tres de la tarde, al hermano del secretario estatal de la CNC en Yucatán, Wilberth Chí Góngora, que fungía como auxiliar de la CFE para vigilar y asesorar el proceso electoral, con las manos en la masa, recibiendo todavía votos simultáneamente al escrutinio, con las ánforas ya abiertas, y anulando boletas cruzadas a favor de la oposición, respondió a mi protesta diciéndome que la bronca era de

los partidos que no tenían representantes. Con esto me confirmaba que, efectivamente, en estos 59 distritos rurales donde la oposición posiblemente no esté presente o no tenga suficiente fuerza para tener representantes en las casillas, es su problema el que no pueda evitar el relleno de ánforas o la anulación de votos de oposición.

Sin embargo, como nunca antes, el pueblo en general y, muchos campesinos, miles, defendieron el voto, se prepararon, estudiaron el código electoral, hicieron alianzas con los partidos y eran como *representantes del partido* que intentaban enfrentarse a los caciques, a las autoridades corruptas y, sobre todo, a los enviados de la máxima autoridad electoral para asesorar el proceso electoral. En este sentido, hicieron la bronca suya porque se habían creído eso del proceso electoral limpio y habían depositado una gran esperanza de ganar con Cárdenas.

El otro aspecto que nos parece necesario someter a discusión es el de las ofertas programáticas de los distintos partidos. A estas alturas, es difícil fundar en estos programas el posible apoyo de los campesinos a un candidato u otro por una sencilla razón. Muchas veces hay poca diferencia entre los programas del PRI y los de la oposición: todos dicen querer acabar con el caciquismo, aumentar el bienestar rural, transformar la reforma agraria, combatir el burocratismo y la corrupción, etcétera. Lo que pasa es que a los campesinos les suena a lo mismo lo que oyen sexenio tras sexenio y ya no creen.

En algunas entrevistas realizadas en municipios rurales del estado de Veracruz, el día de las elecciones municipales de octubre de 1988, a mi pregunta sobre el por qué habían votado por Cárdenas, había una constante en varias de las respuestas: "por-



que es mexicano". Cuando yo les informaba que el presidente saliente y el nuevo también lo eran, me decían que no, que ellos eran gachupines. Si bien una señora intentó fundamentar su afirmación en cuestiones capilares que, de irnos por allí, muchos verían caer su nacionalidad como les cayó lo otro, es interesante, a los 500 años de la conquista y 60 de la creación del PNR, observar en la conciencia popular este regreso a la contradicción primordial: la mexicanidad versus la hispanidad. En el valle del Anáhuac esta conciencia se ha manifestado de manera más explícita y orgánica aún. Dejo a las brillantes plumas de Carlos Monsiváis y de José Cueli mayores reflexiones sobre el tema pero es evidente que no se trata de una conciencia primitiva ahistórica que no reconozca nuestra situación mestiza. Simplemente hay una visión de continuidad de los distintos actores de la clase dirigente y un reconocimiento en un candidato del propio ser, de gente de abajo, de gente morena, mexicana, heredado de un mexicano nacionalista.